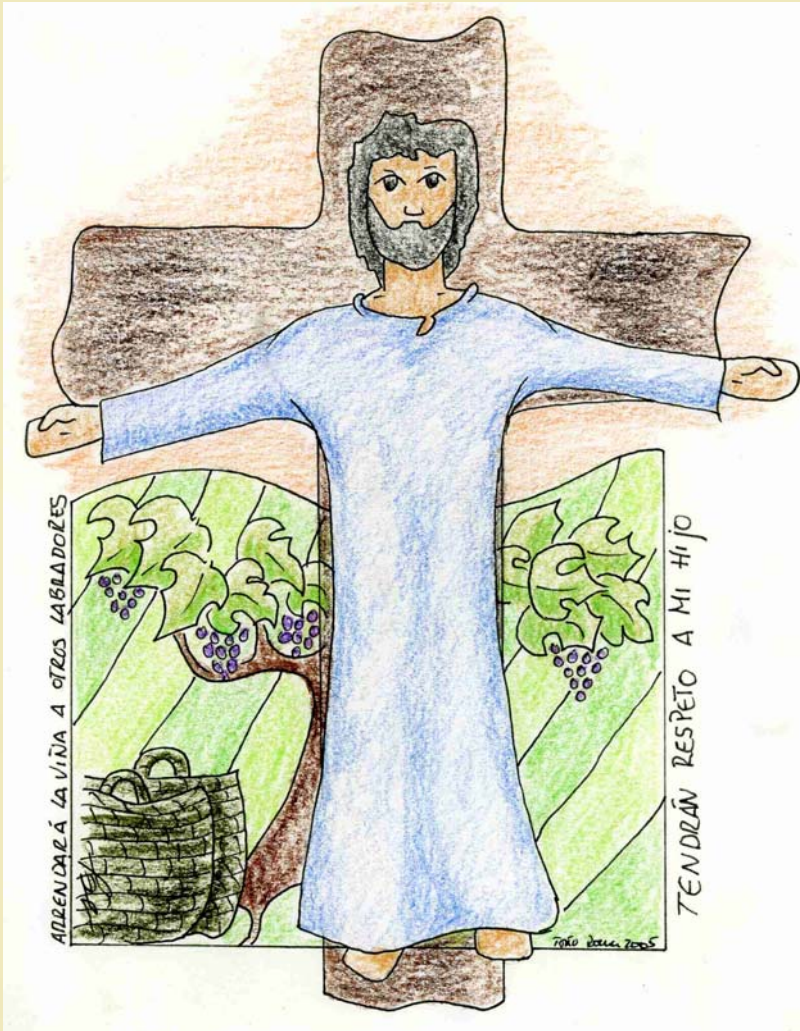


27° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del 27° Domingo del Tiempo Ordinario utiliza la imagen de la "viña de Dios" para hablar de ese Pueblo que acepta el reto del amor de Dios y que se pone a su servicio. A ese Pueblo, Dios le exige frutos de amor, de paz, de justicia, de bondad y de misericordia.

En la primera lectura, el profeta Isaías muestra el amor y la solicitud de Dios por su "viña". Ese amor y esa solicitud no pueden, sin embargo, tener como contrapartida frutos de egoísmo y de injusticia. El Pueblo de Yahvé tiene que dejarse transformar por el amor siempre fiel de Dios y producir frutos buenos que Dios aprecia: la justicia, el derecho, el respeto por los mandamientos, la fidelidad a la Alianza.

En el Evangelio, Jesús retoma la imagen de la "viña". Critica fuertemente a los líderes judíos que se apropiaron en beneficio propio de la "viña de Dios" y que se niegan siempre a ofrecer a Dios los frutos que le deben. Jesús anuncia que la "viña" va a serles quitada y se les va a confiar a trabajadores que produzcan y que entreguen a Dios los frutos que él espera.

En la segunda lectura, Pablo exhorta a los cristianos de la ciudad griega de Filipos, y a todos los que forman parte de la "viña de Dios", a que vivan en la alegría y en la serenidad, respetando lo que es verdadero, noble, justo y digno. Son esos los frutos que Dios espera recoger de su "viña".

PRIMERA LECTURA

La viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel

Lectura del Profeta Isaías

5, 1-7

Voy a cantar en nombre de mi amigo
un canto de amor a su viña.

Mi amigo tenía una viña en fértil collado.

La entrecavó, la descantó y plantó buenas cepas;
construyó en medio una atalaya y cavó un lagar.

Y esperó que diese uvas, pero dio agrazones.

Pues ahora, habitantes de Jerusalén, hombres de Judá,
por favor, sed jueces entre mí y mi viña.

¿Qué más cabía hacer por mi viña que yo no lo haya hecho?

¿Por qué, esperando que diera uvas, dio agrazones?

Pues ahora os diré a vosotros lo que voy a hacer con mi viña:

quitar su valla para que sirva de pasto,
derruir su tapia para que la pisoteen.

La dejaré arrasada:

no la podarán ni la escardarán,

crecerán zarzas y cardos,

prohibiré a las nubes que lluevan sobre ella.

La viña del Señor de los Ejércitos

es la casa de Israel;

son los hombres de Judá su plantel preferido.

Esperó de ellos derecho, y ahí tenéis: asesinatos;

esperó justicia, y ahí tenéis: lamentos.

Palabra de Dios.

1.1 Ambientación

Isaías, hijo de Amós, ejerció su ministerio profético en Jerusalén, en el reino de Judá, durante la segunda mitad del siglo VIII antes de Cristo (de acuerdo con sus oráculos, el profeta fue llamado por Dios al ministerio profético alrededor del 740-739 y permaneció en él hasta cerca del 700). Su predicación abarca, por tanto, un arco de tiempo relativamente largo y durante varios reinados.

Isaías, como los otros profetas, no habla de realidades abstractas e intangibles. Su predicación se refiere a acontecimientos concretos y toca la realidad de la vida, de los problemas, de las inquietudes, de las esperanzas de los hombres de su tiempo. Para comprender su mensaje tenemos, por tanto, que situarla en la época y en la realidad histórica que el profeta conoce y sobre la que es llamado por Dios a pronunciarse.

La primera fase del ministerio de Isaías se desarrolla durante el reinado de Jotam (740-734). Es una época de relativa tranquilidad política, en la que Judá se mantiene apartado de la escena internacional y de los juegos políticos de las superpotencias. Todo parece andar bien, en un clima de la paz generalizada. Sin embargo, la mirada crítica del profeta detecta una realidad distinta. Internamente, la sociedad de Judá está marcada por grandes injusticias y arbitrariedades: los poderosos explotan a los más débiles; los jueces se dejan corromper; los terratenientes se dejan dominar por la codicia e inventan sistemas legales para apropiarse de los bienes de los más pobres; los gobernantes oprimen a los súbditos; las señoras finas de Jerusalén viven en el lujo y en la futilidad, en una falta de respeto absoluta por las necesidades y carencias de los más pobres.

En términos religiosos, el culto florece en una abundancia inaudita de prácticas de piedad y de numerosas y solemnes manifestaciones religiosas; no obstante, todo ese fausto cultural es incoherente y mentiroso, pues no es el resultado de una verdadera adhesión a Yahvé, sino de un intento de calmar las conciencias y de "comprar" a Dios.

Para el profeta, Jerusalén ha dejado de ser la esposa fiel, para convertirse en una prostituta (cf. Is 1,21-26); o, dicho de otro modo, la "viña" cuidada por Dios sólo produce frutos amargos y no los frutos buenos (de justicia y de amor) exigidos a quien vive en un ambiente de Alianza.

El mensaje de Isaías en este período se encuentra en los capítulos 1-5 de su libro. El texto que hoy se nos propone es uno de los textos más emblemáticos de este período.

El "canto de la viña" podía ser, inicialmente, un "cántico de la vendimia" o un "cántico del trabajo", que un poeta popular entona ante su círculo de amigos o de compañeros de trabajo. Pero, como sucede tantas veces con las formas de expresión de la cultura popular, rápidamente las palabras adquieren un doble sentido y pasan a evocar otra realidad.

En la cultura judía, la "viña" es un símbolo del amor (cf. Ct 1,6.14; 2,15; 8,12). El "cántico de la viña" pasa entonces a ser, en boca del poeta popular, una "canción de amor", que describe los esfuerzos de un joven apasionado por conquistar a su amada.

Isaías va a utilizar esta "canción de amor" como recurso para transmitir el mensaje que Dios le ha confiado.

1.2 Mensaje

La canción que el profeta canta es bonita y el tema sugerente. El profeta/poeta juega con las sonoridades y con el ritmo, alterna los sonidos dulces de las canciones de amor con los sonidos ásperos de las canciones de trabajo. Los interlocutores del profeta/poeta están atentos y fascinados y escuchan con placer la descripción de las cuasi patéticas tentativas del poeta para conquistar a su amada. Le oyen hablar de sus trabajos para plantar la viña, de los cuidados que le dispensa, de sus ilusiones, de sus sueños; sonríen ante las alusiones al "lagar" (el lugar donde fermentará el vino del amor) y la casa del guarda (desde donde el amado vigilará, para que nadie entre en su "viña" y coja los frutos de su amor). Aplauden cuando, después de tantos cuidados, queda a la espera de los "frutos sabrosos" del amor que cultivó. Quedan sobrecogidos cuando, después de todo el empeño del amado, la "viña" sólo le ofrece frutos amargos. El auditorio simpatiza con el poeta, se identifica con él, comparte su desilusión.

De repente, el poeta transforma el cántico en queja y reclama justicia. Interpela directamente a sus interlocutores y exige de ellos un veredicto. Tiene al público en la mano: todos concuerdan con el profeta/poeta dándole la razón y concediéndole todo el derecho para derribar la valla que protegía la viña, y para no volver a ocuparse de ella, para dar órdenes a las nubes de que no la fecunden con su lluvia...

Cuando el público ya ha pronunciado mentalmente el veredicto favorable hacia el profeta/poeta, este les echa en cara la acusación que venía preparando: "La viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel; son los hombres de Judá su plantel preferido. Esperó de ellos derecho, y ahí tenéis: asesinatos; esperó justicia, y ahí tenéis: lamentos" (v. 7)

La imagen de la "viña" aplicada al Pueblo de Dios, aparece frecuentemente en la Biblia (cf. Is 3,14; 27,2-5; Jer 2,21; 12,10; Ez 17,6; Os 10,1; Sal 80,9-17). Los profetas y catequistas de Israel veían en la imagen de la "viña" un símbolo privilegiado para expresar la historia de amor que Dios siempre ha querido firmar con su Pueblo, esto es, la Alianza.

En esta "parábola", Dios es el "viñador" e Israel es la "viña". Fue Dios quien trajo de lejos (de Egipto) esas cepas escogidas, quien las plantó en una tierra fértil (la tierra de Canaán), quien quitó de esa tierra las piedras (los otros pueblos que en ella habitaban) que podían estorbar la fecundidad de la "viña", quien cuidó y, sobre todo, quien amó a su "viña".

¿Cómo respondió Israel ante los esfuerzos de Dios? ¿Qué frutos produjo la "viña" de Yahvé? El profeta/poeta responde: Dios esperaba que Israel viviese en derecho y en justicia ("mishpat" y "zedaqa") cumpliendo fielmente las exigencias de la Alianza; esperaba una vida de coherencia con los mandamientos; esperaba que Israel respetase los derechos de los más débiles. En realidad, el Pueblo actúa en sentido exactamente contrario a aquello que Dios esperaba: los poderosos cometen injusticias y arbitrariedades, los jueces son corruptos y no hacen justicia al pobre, los grandes practican violencias y derraman sangre inocente, los huérfanos y las viudas ven pisoteados sus derechos sin que nadie los defienda.

En verdad, sugiere el profeta, Dios no puede pactar con todo esto y se prepara a abandonar esa "viña" ingrata, a esa amada infiel.

Préstese atención a esta "lección" fundamental: el amor de Dios pretende producir en el corazón de su Pueblo un movimiento que le conduzca al amor hacia el hermano. Dios nos ama, para que nos dejemos transformar por el amor y amemos a los demás.

1.3 Actualización

En la reflexión, considerad los siguientes datos:

■ La "parábola de mi viña" es una historia de amor. Nos habla del amor de Dios que libera a su Pueblo de la esclavitud, que lo conduce hacia la libertad, que establece con él lazos de familia, que le ofrece indicaciones seguras para caminar en dirección hacia la justicia, la armonía, la felicidad, que lo protege en su peregrinar por los caminos de la historia. Es necesario que seamos conscientes de que esta historia de amor no ha terminado y que el mismo Dios continúa derramando sobre nosotros, todos los días, su amor, su bondad, su misericordia.

¿Tengo conciencia de esto?

¿Tengo el corazón abierto a sus dones?

¿Encuentro tiempo y disponibilidad para agradecerle y para alabarle?

■ El encuentro con el amor de Dios, tiene que significar una efectiva transformación de nuestro corazón y tiene que conducirnos hacia el amor al hermano. Quien trata a los hermanos con arrogancia, quien asume actitudes duras, agresivas e intolerantes, quien practica la injusticia y pisotea los derechos de los más débiles, quien se muestra insensible ante los dramas de los hermanos, ciertamente que todavía no ha realizado la experiencia del amor de Dios. A veces encontramos en nuestras comunidades cristianas o religiosas personas muy válidas desde el punto de vista de la organización y de la animación, que se consideran a sí mismos columnas de la comunidad, que tienen una fe inamovible, pero que son insensibles, amargas, agresivas, intolerantes.

¿Será posible ser signo y testigos del Dios que ama a los hombres, si no nos dejamos conducir por la tolerancia, por la misericordia, por la bondad, por la comprensión?

■ Nuestro texto identifica los "frutos buenos" que Dios espera de su "viña" con el derecho y la justicia y afirma que Dios no tolera a una "viña" que produzca "sangre derramada" y "gritos de horror". En nuestros días, la "sangre derramada" de las víctimas de la violencia, del terrorismo, de las guerras religiosas, de los sistemas que generan muerte y sufrimiento continúa tiñendo nuestra historia; los "gritos de horror" de tantos seres humanos privados de los derechos fundamentales, torturados, marginados, excluidos, impedidos del acceso a una vida mínimamente humana, continúan escuchándose en Europa, en Asia, en África, en Oceanía y en América.

¿Cuál es nuestro papel en medio de todo esto?

¿Podemos guardar un silencio cómplice y alienado ante el drama de tantos hermanos condenados a muerte?

¿Qué podemos hacer para que la "viña" de Dios produzca otros frutos?

Salmo responsorial

Salmo 79, 9 y 12 - 16.19 - 20

V/. La viña del Señor es la casa de Israel.

R/. La viña del Señor es la casa de Israel.

V/. Sacaste, Señor, una vid de Egipto,
expulsaste a los gentiles, y la trasplantaste.
Extendió sus sarmientos hasta el mar
y sus brotes hasta el Gran Río.

R/. La viña del Señor es la casa de Israel.

V/. ¿Por qué has derribado su cerca,
para que la saqueen los viandantes,
la pisoteen los jabalíes
y se la coman las alimañas?

R/. La viña del Señor es la casa de Israel.

V/. Dios de los Ejércitos, vuélvete:
mira desde el cielo, fijate,
ven a visitar tu viña,
la cepa que tu diestra plantó,
y que tú hiciste vigorosa.

R/. La viña del Señor es la casa de Israel.

V/. No nos alejaremos de ti;
danos vida, para que invoquemos tu nombre.
Señor Dios de los Ejércitos, restáuranos,
que brille tu rostro y nos salve.

R/. La viña del Señor es la casa de Israel.

SEGUNDA LECTURA

El Dios de la paz estará con vosotros

Lectura de la carta del Apóstol San Pablo a los Filipenses

4, 6-9

Hermanos:

Nada os preocupe;

sino que en toda ocasión,

en la oración y súplica con acción de gracias,

vuestras peticiones sean presentadas a Dios.

Y la paz de Dios,

que sobrepasa todo juicio,

custodiará vuestros corazones

y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.

Finalmente, hermanos,

todo lo que es verdadero,

noble, justo, puro, amable, laudable;

todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta.

Y lo que aprendisteis,

recibisteis, oísteis y visteis en mí ponedlo por obra.

Y el Dios de la paz estará con vosotros.

Palabra de Dios.

2.1 Ambientación

Continuamos leyendo la carta enviada por el apóstol Pablo a los cristianos de la ciudad griega de Filipos. Cuando escribe a sus amigos filipenses, Pablo está en prisión (¿en Éfeso?), sin saber lo que el futuro inmediato le reserva. Entretanto, recibe ayuda de los filipenses (una suma de dinero y la visita de Epafrodito, un miembro de la comunidad, encargado por los filipenses de cuidar de Pablo y de proveer sus necesidades) y se muestra muy sensibilizado por la bondad y por la preocupación que los filipenses manifiestan hacia su persona.

La carta a los filipenses es, sobre todo, una carta dirigida a unos amigos muy queridos, en la que Pablo manifiesta su aprecio por esa comunidad a la que ama, que le ayuda y que se preocupa por él. Enviando de vuelta a Epafrodito, que está gravemente enfermo, Pablo agradece, da noticias, informa a la comunidad sobre su propia suerte y exhorta a los filipenses a la fidelidad al Evangelio.

El texto que hoy se nos propone pertenece a la parte final de la carta. Presenta un conjunto de recomendaciones, destinadas a recordar a los filipenses algunas obligaciones que surgen de su compromiso con Cristo y con el Evangelio.

2.2 Mensaje

Los primeros versículos de nuestro texto (vv. 6-7), forman parte de un pasaje más largo, en el cual Pablo recomienda a los cristianos de Filipos que vivan en la alegría (vv. 4-7). Esta "alegría" no tiene nada que ver con unas carcajadas histéricas o con un optimismo inconsciente, sino que es la "alegría" que resulta de una vida de comunión con el Señor, con todo lo que eso significa en términos de garantía de vida verdadera y eterna. El cristiano vive en alegría pues la comunión con Cristo le asegura el acceso cercano ("el Señor está próximo") a la vida definitiva. De ahí surge la serenidad, la paz, la tranquilidad, que permiten al creyente enfrentar su vida sin miedo y sentirse seguro en los brazos amorosos de Dios Padre (v. 6a). Al creyente le queda cultivar la comunión con Dios, entregándole diariamente su vida "con la oración y súplica con acción de gracias" (v. 6b).

Después (v. 8), Pablo recomienda a los filipenses un conjunto de seis "cualidades" que deben cultivar y apreciar: la verdad, la nobleza, la justicia, la pureza, la amabilidad y la buena reputación. Todo esto es "virtud", todo esto es digno de alabanza. Hay quien ve en este versículo la "carta magna del humanismo cristiano". Estos valores no son exclusivos del cristianismo: son valores sanos y loables, que forman parte, también, del ideal pagano (eran valores igualmente propuestos por los moralistas griegos de la época) La comunidad cristiana debe estar alerta para acoger todos los verdaderos valores humanos. Los cristianos deben ser, antes de nada, heraldos y testigos de los verdaderos valores humanos.

Finalmente, Pablo invita a los filipenses a poner en práctica estas recomendaciones según el ejemplo que recibieron del propio Pablo (v. 9). El cristiano tiene que vivir los valores humanos en confrontación constante con el Evangelio y en fidelidad al Evangelio.

Actualización

Considerad en la reflexión y actualización, las siguientes líneas:

- Las palabras de Pablo a los filipenses definen algunos de los elementos concretos que deben marcar el caminar del Pueblo de Dios. En primer lugar, Pablo invita a los creyentes a no vivir inquietos y preocupados. Los cristianos están "insertados" en Cristo y tienen la garantía de que con él resucitarán a la vida definitiva. Ellos saben que las dificultades, los dramas, las persecuciones, las incomprensiones son únicamente accidentes del camino, que no conseguirán apartarlos de la vida verdadera. Los cristianos no son personas fracasadas, alienadas, sino personas con un objetivo final bien definido y fascinante. El camino de Cristo es un camino de entrega de la vida, pero no es un camino de tristeza y frustración. ¿Por qué, entonces, la tristeza, la inquietud, el desánimo con el que, tantas veces, afrontamos las vicisitudes y las dificultades de nuestro caminar? ¿Por qué, tantas veces, salimos de nuestras celebraciones eucarísticas cabizbajos, intranquilos, con el semblante triste e irritado? ¿Los hermanos que nos rodean y que nos miran a los ojos reciben de nosotros un testimonio de paz, de serenidad, de tranquilidad?
- En segundo lugar, Pablo invita a los creyentes a tener en cuenta, en su vida, esos valores humanos que todos los hombres aprecian y aman; la verdad, la justicia, la honradez, la amabilidad, la tolerancia, la integridad. Un cristiano tiene que ser, antes de nada, una persona íntegra, verdadera, leal, honesta, responsable, coherente. Oímos decir, algunas veces, que "los que van a la iglesia son peores que los demás". En parte la expresión sirve, sobre todo a muchos de los llamados "cristianos no practicantes", para justificar el hecho de no ir a la iglesia; ¿pero no reflejará, algunas veces, el mal testimonio que algunos cristianos dan en cuanto a la vivencia de los valores humanos? ¿Quién va a nuestras iglesias, encuentra siempre simpatía, comprensión, amabilidad, verdad, coherencia?
- La forma como Pablo propone a sus cristianos los mismos valores que constaban en las listas de valores de los moralistas griegos de su época debe invitarnos a reflexionar sobre nuestra relación con los valores del mundo que nos rodea, y sobre la forma como los aceptamos e integramos en nuestra vida. No podemos escondernos tras una muralla y rechazar, en bloque, todo aquello que el mundo de hoy nos ofrece, como si fuese algo malo y pecaminoso. El mundo en el que vivimos tiene hermosos y sugerentes valores que nos ayudan a crecer de una forma sana y equilibrada y a integrar una realidad rica en desafíos y esperanzas. Lo necesario es saber discernir, de entre todos los valores que el mundo nos presenta, aquellos que nos hacen más libres y más felices y aquellos que nos hacen más esclavos e infelices, aquellos que nos despierta la fe y aquellos que amenazan la esencia del Evangelio.

Aleluya

Jn 15,16

Yo os he elegido del mundo,
para que vayáis y déis fruto,
y vuestro fruto perdure
—dice el Señor—.

EVANGELIO

Arrendará la viña a otros labradores

✠ Lectura del santo Evangelio según San Mateo

21, 33 - 43

En aquel tiempo dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los senadores del pueblo:

— Escuchad otra parábola:

Había un propietario que plantó una viña, la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar, construyó la casa del guarda, la arrendó a unos labradores y se marchó de viaje.

Llegado el tiempo de la vendimia, envió sus criados a los labradores para percibir los frutos que le correspondían. Pero los labradores, agarrando a los criados, apalearon a uno, mataron a otro, y a otro lo apedrearon.

Envió de nuevo otros criados, más que la primera vez, e hicieron con ellos lo mismo.

Por último, les mandó a su hijo diciéndose: «Tendrán respeto a mi hijo.»

Pero los labradores, al ver al hijo se dijeron:

«Este es el heredero: venid, lo matamos y nos quedamos con su herencia.»

Y, agarrándolo, lo empujaron fuera de la viña y lo mataron.

Y ahora, cuando vuelva el dueño de la viña,

¿qué hará con aquellos labradores?

Le contestaron:

— Hará morir de mala muerte a esos malvados

y arrendará la viña a otros labradores que le entreguen los frutos a sus tiempos.

Y Jesús les dice:

— ¿No habéis leído nunca en la Escritura:

«La piedra que desecharon los arquitectos es ahora la piedra angular.

Es el Señor quien lo ha hecho, ha sido un milagro patente?»?

Por eso os digo que se os quitará a vosotros el Reino de los Cielos

y se dará a un pueblo que produzca sus frutos.

Palabra del Señor.

3.1 Ambientación

Estamos en Jerusalén, poco tiempo después de la entrada triunfal de Jesús en la ciudad (cf. Mt 21,1-11). De hora en hora, crece la tensión entre Jesús y sus adversarios. Los líderes judíos presionan a Jesús de una forma tal que presenta aspectos de proceso organizado. Se adivina, en el horizonte próximo de Jesús, la prisión, el juicio y la condena a muerte. Jesús es plenamente consciente del destino que le está reservado, pero se enfrenta a los dirigentes y condena implacablemente su negativa a acoger el Reino.

El texto que se nos propone forma parte de un bloque de tres parábolas (cf. Mt 21,28-32. 33-43; 22,1-14), destinadas a ilustrar el rechazo de Israel a aceptar el proyecto de salvación que Dios ofrece a los hombres por medio de Jesús. Con ellas Jesús invita a sus opositores, a los líderes religiosos judíos, a reconocer que se están encerrando en la autosuficiencia, en el orgullo, en la arrogancia, en los prejuicios, y que estos no les permiten abrir el corazón y la vida a los retos de Dios. Nuestro texto nos presenta la segunda de las tres parábolas.

La historia que nos va a ser narrada se comprende mejor a la luz de la situación socioeconómica de Galilea en tiempo de Jesús. La tierra estaba, casi siempre, en manos de grandes latifundistas que vivían en las ciudades. Esos latifundistas utilizaban varios sistemas para la explotación de sus tierras; una de las formas preferidas de explotación de la tierra (precisamente porque para el latifundista no implicaba mucho trabajo), consistía en arrendar varias parcelas del latifundio a cambio de una parte sustancial de los productos recogidos. Los que arrendaban las tierras eran, generalmente, campesinos que habían perdido sus propias tierras debido a la presión fiscal o a malas cosechas. Estos campesinos vivían en una situación peligrosa: después de descontados los gastos de explotación, los impuestos y la parte que pertenecía al terrateniente, apenas llegaban a obtener lo indispensable para sustentarse a sí mismos y a sus familias. En años agrícolas malos, este sistema significaba la miseria absoluta. Esta situación provocaba conflictos sociales frecuentes y la aparición de movimientos campesinos que se enfrentaban a los dueños de las tierras o contra la presión excesiva de impuestos.

Este es el escenario en el que Jesús va a situar la parábola que hoy nos presenta.

3.2 Mensaje

La parábola contada por Jesús nos sitúa en el mismo punto que la parábola de la "viña" de Is 5,1-7: un "señor" plantó una "viña", la rodeó con una cerca, cavó en ella un lagar y levantó una casa.

A partir de aquí, sin embargo, la parábola de Jesús se aparta un poco de la de Isaías. En la versión de Jesús, el propietario no explota directamente la "viña", sino que la confió a unas "labradores" que debían darle, cada año, un determinado porcentaje de los frutos producidos. No obstante, cuando los "siervos" del "señor" aparecieron para recoger la parte que pertenecía a su amo, fueron maltratados y asesinados por los "labradores"; pero, el propio hijo del dueño de la "viña", que fue enviado por su padre para llamar a los "labradores" a la responsabilidad y al cumplimiento de los compromisos, fue asesinado.

La "viña" de la que Jesús habla aquí es Israel, el Pueblo de Dios. El dueño de la "viña" es Dios. Los "labradores" son los líderes religiosos judíos, los encargados de trabajar la "viña" y de

hacer que produzca frutos. Los "siervos" enviados por el "señor" son, evidentemente, los profetas que los líderes de la nación, tantas veces, persiguieron, apedrearon y mataron. El "hijo" muerto "fuera de la viña" es Jesús, asesinado fuera de los muros de Jerusalén.

Es una escena de una gravedad extrema. Los "labradores" no sólo no entregan al "señor" los frutos que le deben, sino que cierran todos los caminos de diálogo y rechazan todas las posibilidades de encuentro y de entendimiento con el "señor": maltrataron y apedrearon a los siervos enviados por el "señor" y asesinaron al hijo.

Ante esto, Jesús interpela directamente a sus oyentes: "cuando vuelva el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?"

La comunidad cristiana primitiva encuentra fácilmente la respuesta a esta cuestión. En la perspectiva de los primeros catequistas cristianos, la respuesta de Jesús al rechazo de Israel se produce en dos movimientos. En primer lugar, Dios resucitó al "hijo" que los "labradores" mataron, lo glorificó y lo constituyó "piedra angular" de una nueva construcción; en segundo lugar, Dios decidió quitar la "viña" de las manos de esos "labradores" malos e ingratos y confiarla a otros "labradores", a un pueblo que haga producir buenos frutos a la "viña" y que entregue al "señor" los frutos a los que tiene derecho.

Sin embargo, a Mateo no le interesa tanto la cuestión del hijo, resucitado, exaltado y puesto como piedra angular de la nueva construcción, sino la cuestión de la entrega de la "viña" a otro pueblo. Al subrayar este aspecto, Mateo contempla una doble realidad.

En primer lugar, él explica así por qué, en la mayoría de las comunidades cristianas, los judíos, los primeros trabajadores de la "viña" de Dios, eran una minoría: ellos se negaban a ofrecer buenos frutos al "señor" de la "viña", y rechazaban siempre los intentos que el "señor" realizaba para acercarse a ellos. Lógicamente, el "señor" escogió a otros "labradores". Lo decisivo, para la elección de Dios, no es que los nuevos trabajadores de la "viña" fueran judíos o no; lo decisivo es que estén dispuestos a ofrecer al "señor" los frutos que se le deben, y a acoger al "hijo" que el "señor" envió a su encuentro.

En segundo lugar, Mateo exhorta a su comunidad a producir frutos verdaderos que agraden al "señor" de la "viña". Estamos al final del siglo I (década de los 80); ya se había enfriado el entusiasmo inicial y los creyentes de la comunidad de Mateo se instalaron en un cristianismo fácil, sin exigencia, sin compromiso serio, instalado. El catequista Mateo aprovecha la oportunidad para exhortar a los hermanos de la comunidad a que despierten, a que salgan de su comodidad, a que se comprometan, a que den frutos propios del Reino, a que vivan con radicalidad las propuestas de Jesús.

3.3 Actualización

En la reflexión, tened en cuenta las siguientes cuestiones:

- El problema fundamental señalado por este texto es el de la coherencia con la que vivimos nuestro compromiso con Dios y con el Reino. Dios no obliga a nadie a aceptar su propuesta de salvación y a comprometerse con el Reino, pero, una vez que aceptamos trabajar en su "viña", tenemos que dar frutos de amor, de servicio, de donación, de justicia, de paz, de tolerancia, de compartir. Nuestro Dios no está dispuesto a pactar con situaciones dudosas, amorfas,

incoherentes, mentirosas, sino que exige coherencia, verdad y compromiso. La parábola nos invita, antes de nada, a no dejarnos llevar por situaciones cómodas, de instalación, de facilidad, de "dejar pasar", sino a que tomemos en serio nuestro compromiso con Dios y con el Reino y a que demos frutos.

¿Mi compromiso con el Reino es sincero?

¿Cuáles son los frutos que produzco?

Cuando se trata de tomar opciones, ¿gana mi comodidad e instalación, o mi voluntad de servir a la edificación del Reino?

■ ¿Qué es lo decisivo para definir la pertenencia de alguien al Reino?: ¿tener una "tradición familiar" cristiana?; ¿pertenecer, por un acto formal (bautismo), a la Iglesia?; ¿haber realizado votos de pobreza, castidad y obediencia en una congregación religiosa?; ¿cumplir determinados actos de piedad?; ¿participar en las celebraciones religiosas?

Nada de eso es decisivo. Lo decisivo es el "dar frutos" de amor y de justicia, que ponemos al servicio de Dios y de nuestros hermanos.

¿Cómo entiendo y vivo yo mi fe?

■ La parábola habla de trabajadores de la "viña" de Dios que rechazan al "hijo" de forma absoluta y radical. Es probable que ninguno de nosotros, por un acto de voluntad consciente, se coloque en una actitud semejante de rechazo a Jesús. Sin embargo, prescindir de los valores de Jesús y dejar que sean el egoísmo, la comodidad, el orgullo, la arrogancia, el dinero, el poder, la fama, los que condicionen nuestras opciones es, en sí mismo, rechazar a Jesús, situarlo al margen de nuestra existencia.

¿Cómo acogemos e insertamos en nuestra vida los valores de Jesús en el día a día?

¿Las propuestas de Jesús son, para nosotros, valores conscientes, que intentamos integrar en nuestra existencia y que sirven de aliciente para la construcción de nuestra vida, o son valores de los cuales nos desentendemos con facilidad, bajo la presión de intereses egoístas y cómodos?

■ Nuestras comunidades cristianas y religiosas están formadas por mujeres y hombres que se comprometieron un día con el Reino y que trabajan en la "viña" del Señor. Deberían, por tanto, producir frutos buenos y testimoniar ante el mundo, con gestos de amor, de acogida, de comprensión, de misericordia, de servicio, la realidad del Reino que Jesucristo vino a ofrecer.

¿Es eso lo que sucede, o nos limitamos a tener muchos grupos parroquiales, a preparar organigramas impresionantes de dinámica comunitaria, a construir espacios físicos amplios y confortables, a recitar la Liturgia de las Horas, a preparar liturgias solmenes... y completamente desligadas de la vida?

ALGUNAS SUGERENCIAS PRÁCTICAS PARA EL 27º DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

1. La liturgia meditada a lo largo de la semana.

A lo largo de los días de la semana anterior al Domingo 27º del tiempo Ordinario, intentad meditar la Palabra de Dios de este domingo. Meditadla personalmente, una lectura cada día, por ejemplo. Elegid un día de la semana para la meditación comunitaria de la Palabra: en un grupo parroquial, en un grupo de padres, en un grupo de un movimiento eclesial, en una comunidad religiosa.

2. Durante la celebración.

Sería bueno rezar hoy la Plegaria Eucarística IV, que desarrolla la historia de la salvación y concuerda con los textos de este domingo (evocación del amor de Dios por su pueblo, del Antiguo Testamento a la Iglesia).

3. Palabra de Vida.

No podemos criticar al propietario de la viña por haber abandonado a su viña: trata a la viña con todos los cuidados. No podemos criticar su paciencia y su perseverancia para con los viñadores: envía sus servidores que son apedreados, envía a otros que sufren el mismo destino y, al final, envía a su propio hijo, pensando que se le respetará. Evidentemente, estamos pensando en Dios que se preocupa por su Reino y que envía a su propio Hijo.

¿Y nosotros, de qué lado nos situamos? Jesús fue enviado a nosotros... ¿qué hemos hecho con su mandamiento del amor? Se nos enviaron mensajeros... ¿Les escuchamos? Se nos ha confiado el Reino de Dios. Ojalá no nos lo tengan que quitar.

4. Un aspecto para subrayar.

Una ofrenda de frutos de la tierra.

Hoy, o en uno de los domingos de octubre, se puede realizar durante la celebración una ofrenda de frutos de la tierra: fruta, legumbres, flores... Al final de la celebración, se puede compartir los dones ofrecidos.

4. Plegaria Eucarística.

Podría optarse por la Plegaria Eucarística IV.

5. Para la semana...

Elegir un "fruto".

Al terminar la celebración, podemos elegir cada uno un "fruto" para producir en esta semana: un gesto o una palabra de reconciliación en relación con alguien; compartir con un vecino necesitado; una iniciativa que sea gratuita y que aporte alegría a alguien.

Para los más comprometidos en la vida espiritual: cada día, ¡dar un fruto de amor!